



Señorita Pura Tamarit, presidenta del Centro Esperantista, fundado por Francisco Mániz, en Chesto.



Señorita Amelia Conos, vicepresidenta del Centro Esperantista, de Chesto.



Señorita Adela Hoyo, secretaria del Centro Esperantista chestano.

Un pueblo español cuyos ocho mil vecinos hablan Esperanto



Francisco Mániz, infatigable propagandista del esperanto, que ha conseguido enseñar a todo un pueblo el idioma internacional.

A LOS VEINTICINCO AÑOS DE PROPAGANDA

EXISTE en la huerta valenciana un pueblo que se ha improvisado una cultura que no posee ninguna otra población de España. Este pueblo es Chesto.

¿Cómo se hizo el milagro? Todo ello—nos dicen—es obra de un hombre de buena voluntad, Francisco Mániz Sánchez, que en el espacio de veinticinco años ha enseñado el esperanto al alcalde y al médico, al sacristán y al cura, al secretario del Ayuntamiento y al maestro de escuela...

Esperamos al esperantista chestano en mitad del camino por donde ha de regresar al pueblo. Francisco Mániz, humildad y nobleza, alpargatas y blusa, ha pasado el día en el campo y vuelve a su casa, ganado el jornal, a lomos de un borriquito. Viene leyendo.

Francisco Mániz no tuvo nunca otro método de estudio ni dispuso nunca de otras horas que dedicar al cultivo de su propio espíritu. Cuando llegue a su hogar, tras un ligero refrigerio en compañía de su anciana madre, hasta el filo de la media noche, le veréis entregado por completo a la ilustración de sus discípulos esperantistas.

Abordamos a nuestro hombre, que desciende de su rústica cabalgadura, y, en animada plática, penetramos en Chesto, en el pueblo bonito que, gracias al esfuerzo de Francisco Mániz, ha adquirido una destacada resonancia internacional.

LA CONVERSIÓN DE CHESTE AL ESPERANTO

Lo que el rústico e inteligente esperantista nos cuenta se sale de lo vulgar. Oigámosle:

—Mi afición al esperanto se remonta a los

años de 1906 ó 1907. Por aquel entonces, sin saber a ciencia cierta cómo, cayó en mis manos un periódico inglés, en donde se describía el objeto e ideario de la lengua internacional, y aquella propaganda me convenció.

En uno de mis viajes a Valencia, y en una librería de lance, adquirí una gramática esperantista y..., ya me tiene usted, desde entonces, solo y sin maestros, consagrado por entero al cultivo de la lengua del doctor Zamenhof.

A los tres meses de esfuerzo se hace con las señas de un "samideano" del Japón, y queriendo contrastar sus propias fuerzas, le escribe en esperanto. La respuesta llega rápidamente, y nuestro hombre obtiene la primera victoria en aquel su primer cambio epistolar.

¡Ya sabe escribir esperanto! ¡Ya sabe leer esperanto! Pero, ¿sabe, efectivamente, hablarlo? ¿Será exacta la pronunciación que en sus soliloquios da él a las palabras que ha aprendido?

El Centro esperantista valenciano confirma su buena dicción, y ya tenemos a Mániz buscando compañeros con quienes compartir sus inquietudes espirituales.

Conocedor del medio en que vive, despierta la curiosidad de sus convecinos para que le hablen y hablarles del esperanto. La treta consiste en hacerse dirigir la correspondencia al casino principal del pueblo, donde se admiran todos de que un hombre de su condición reciba cartas de todo el mundo, y, lo más extraño del caso, redactadas en un idioma que nadie conoce.

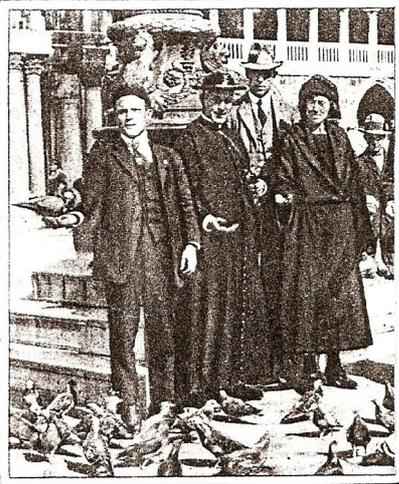
Como había previsto, le preguntan, e, inopinadamente, surge en él el propagandista que todas las noches se ve obligado a dar conferencias acerca del esperanto.

Un grupo de adeptos se decide a estudiar el nuevo idioma. Mániz elige sus discípulos de entre los diversos sectores de la política local, y tienen las primeras reuniones en una casa, de donde pasan a un círculo montado con esplendidez.

En 1914, sufragándose los gastos de su peculiar particular, en



Francisco Mániz, rodeado de nueve de los catorce niños austriacos desvalidos que llevó a Chesto, proporcionándoles asistencia durante el período más agudo de la crisis de su país.



Francisco Mániz en la plaza de San Marcos, de Venecia, de paso para Roma, donde fué recibido en audiencia particular por el Papa.

compañía del popular Novejarque, acude al Congreso Esperantista que se celebra en París. Allí le sorprende la Gran Guerra. Vuelto a Cheste, trabaja para que su obra no se venga abajo. Con la firma del armisticio renace el entusiasmo entre sus discípulos, que son ya casi todos los vecinos de Cheste.

LA ODISEA DE LOS NIÑOS AUSTRIACOS

El correo, un buen día, deja en sus manos un pliego cerrado, que viene de Gratz, la capital de Estiria, en donde le notifican que una legión de niños austriacos, faltos de todo auxilio, se están muriendo de hambre, y le piden acuda a las personas de buena voluntad para conseguir se hagan cargo de su alimentación, en tanto sus progenitores pueden resolver la espantosa situación económica que acongoja a Austria-Hungría.

Francisco Mániz va a Barcelona a recoger la palpitante mercancía, y arriba a Cheste en compañía de catorce chiquillos, desnudos y esqueléticos, que le llegan de Austria. Reparte trece entre unas cuantas familias acomodadas y caritativas. El, siempre humano y generoso, se reserva el más débil.

En junio de 1922, es decir, a los diez y siete meses de la llegada a España de los niños austriacos, los padres de éstos reclaman a sus pequeños, y allí va Mániz, camino de Estiria, al frente de una expedición de muchachos que, gracias a la labor de nuestro hombre, han comido nuestro pan y han tostado su epidermis bajo la caricia del sol de España.

En Gratz, el recibimiento es apoteósico. Al poner el pie en tierra, hay cien brazos que le estrujan, que le besan, que quieren hacerle objeto de un homenaje. Y Mániz únicamente les dice:

—¡Guardad esas manifestaciones para otros niños a quienes veais en vuestra vida en las mismas condiciones que habéis tenido a vuestros hijos!



Francisco Mániz acompañado de las autoridades de Estiria a su llegada a Gratz, donde se le tributó un entusiasta recibimiento por su humanitario gesto con los niños austriacos.



Señorita Consuelo Ferrando, depositaria de los fondos de la Agrupación Esperantista, de Cheste.

LA ENSEÑANZA DEL ESPERANTO A LOS CIEGOS

Vuelto a Cheste, con la tenacidad que le caracteriza, Francisco Mániz logra dominar el método "Braille" y, valiéndose de él, enseña el esperanto a doña Gratiniana Verduch, ciega, y a Gregorio Ortiz, privado de la vista también.

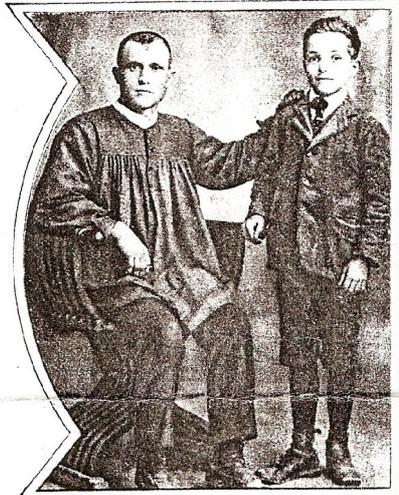
En 1927, Francisco Mániz abandona momentáneamente sus quehaceres, y un buen día sale de Cheste para tomar parte en el Congreso Esperantista que se celebra en Madrid. En este Congreso se tomó, por aclamación, el acuerdo de solicitar para Mániz la Medalla del Trabajo, que se le concede en 18 de julio de 1928 y que le fué impuesta un año después, en la sesión de apertura del VII Congreso Nacional de Esperanto, que se celebró en el salón de actos de la Exposición de Sevilla.

En la actualidad, Francisco Mániz, representante en Cheste—¿quién con mayores méritos que él?—del Tribunal Tutelar de Niños Delincuentes, apóstol del esperantismo, prosigue su labor con el optimismo y el entusiasmo de siempre. Dedicado, como queda dicho, desde los primeros años de su juventud, al cultivo y propaganda del idioma internacional, gracias a su esfuerzo personal, las palabras que en pro de una humanidad perfecta y fraterna surgieron en la mente del doctor Zamenhof, resuenan diariamente en Pedralba, Gestalgar, Buñol, Macastre, Turis, Carcagente, Chiva..., y con mayor entusiasmo que en ninguna parte, en Cheste.

(Fotos del Autor.) JOSÉ RICO DE ESTASEN



El ciego Gregorio, que también figura entre los discípulos de Mániz.



El apóstol del esperantismo chestano con el niño austriaco Walter Krismann, que vivió en su compañía durante diez y siete meses.



Amparito Remohi, jovencita de Cheste, que en el VII Congreso Nacional de Esperanto saludó a los congresistas con un bello discurso.